

1

## LA PARTITURA QUE LO CAMBIÓ TODO

Categoría C

Mi nombre es Amelia Arenal y esta es la historia de mi vida.

Nací en Pampaneira, un pueblo muy pequeñito de la provincia de Granada, en una casa no muy grande pero acogedora. Allí pasé mi infancia y mi juventud. Vivía con mi madre Carmen, mi padre Antonio y un hermano dos años menor que yo, Francisco.

- Mi padre trabajaba en la minería, y tenía como objetivo que mi hermano siguiera sus pasos. Para mí tenía otros planes. Mi padre era un hombre bueno pero con una mentalidad antigua. Él creía que la mujer debía dedicarse a la casa y a criar a sus hijos, pues así lo habían hecho su abuela y su madre.

Mi madre, Carmen, era una mujer maravillosa. Yo era su ojito derecho. Aunque me apoyaba en todo, o así yo lo sentía, en cambio, hacía lo que mi padre le decía por no tener enfrentamientos en casa. Ella tenía una voz maravillosa. Estaba todo el día cantando coplas mientras hacía las labores de la casa. También me cantaba nanas antes de dormir, y confieso que a mí me encantaba. En casa sonaba la música casi las veinticuatro horas del día. Crecí con las canciones de Concha Piquer, Juanita Reina o Imperio Argentina.

Recuerdo, cuando yo tenía 12 años, que empezó a trabajar en mi colegio la señorita Piedad. Ella era de Sevilla. Había estudiado la carrera de Magisterio y la habían destinado en el colegio de mi pueblo. El primer día, cuando la vi, me pareció ver un ángel. Era rubia, con el pelo muy rizado y una voz muy dulce. Era mi tutora pero además nos daba clases de música. Aprendimos mucho con ella. Recuerdo que nos enseñó a tocar las castañuelas e instrumentos de percusión. Un día tuvo la genial idea de formar el coro escolar. Yo estaba entusiasmada con la idea. Llegué a casa y, rápidamente, se lo conté a mi madre. Ella también se puso muy contenta. Pero, todo cambió cuando llegó mi padre y se trasladé mi idea de apuntarme a ese coro. Recuerdo que llegó de trabajar y se sentó en el sofá. Yo, emocionada, me acerqué por detrás y le dije que tenía una sorpresa. Cuando se la conté, fue rotundo:

- “No te apuntarás a ningún coro. Cuando termine el colegio debes venir rápido a casa a ayudar a tu hermano con los deberes y a aprender a coser”.

Ahí terminó nuestra conversación. No me atreví a replicarle, ya que siempre me

había impuesto mucho.

Me fui muy triste a mi habitación. A los pocos minutos apareció mi madre. Cerró la puerta y, en voz baja, me dijo que me dejaba apuntarme al coro siempre y cuando lo mantuviese en secreto ante mi padre. Yo me sequé las lágrimas y le prometí que nunca revelaría ese secreto.

Durante el tiempo que estuve yendo a clases de coro fui muy feliz. Aprendí mucho. La señorita Piedad nos enseñó a leer partituras.

En mi casa, yo seguía con mi autoaprendizaje. Era tanta mi pasión que empecé a escribir mis propias partituras. Primero componía pequeñas nanas y luego canciones más largas. Esto nunca se lo dije a nadie. Las escribía y las iba archivando en una carpeta de cartón, la cual escondía para que mi padre no la encontrara.

Transcurrió el tiempo y, hacia principios de mayo, la señorita de música nos dio una noticia:

- ¡Chicos, hay un concurso de música a nivel autonómico!

En ese momento sentí un nudo en el estómago; me puse muy nerviosa.

Tímidamente pregunté:

- ¿Y, en qué consiste ese concurso?
- En nada, Amelia. No he dicho nada. Es un concurso al que no nos podemos presentar.
- ¿Por qué?, insistí yo.
- Porque se trata de presentar canciones originales, creadas por nosotros mismos, y nosotros no tenemos creada ninguna canción.

Por unos segundos mantuve el silencio, pero rápidamente pensé en mi carpeta de cartón.

- Sí tenemos canciones originales. Yo misma tengo unas cuantas. He creado partituras propias y las tengo guardadas.
- Y, ¿cómo es eso?
- Pues las compongo en mi casa pero no las ha visto nadie.
- Y, ¿puedes traerlas mañana?
- Claro que sí, respondí.

Al día siguiente ya estaba yendo yo al colegio con mi carpeta de cartón bajo el

brazo. Piedad vio esas partituras y me dijo que estaban muy bien compuestas y que le parecía una buena idea presentarlas al concurso. Pero había un pequeño problema: no podía presentarlas a mi nombre, ya que uno de los requisitos era que el compositor fuese un hombre y, por otro lado, ¿cómo se lo iba a decir a mi padre?

Hablé con Piedad y fue ella la que me propuso presentarlas bajo el nombre de mi hermano. Yo accedí, pues lo importante era poder participar en ese concurso.

A las dos semanas ya había veredicto del jurado: una de mis partituras era la ganadora. Bueno, la partitura a nombre de Francisco Arenal.

Ahora se planteaba otro gran problema para mí: decir en casa todo lo ocurrido y que se supiera la verdad.

Una calurosa tarde de verano, se presentó en mi casa Piedad. Ella venía dispuesta a revelarle a mi padre la verdad de todo. Mi madre le ofreció limonada y esperamos en el porche la venida de mi padre.

Cuando él llegó de trabajar y la vio allí le preguntó qué quería.

Piedad, con esa dulzura que la caracterizaba, le contó la historia desde el principio. Mi padre no estaba muy por la labor de reconocer mi mérito, pero finalmente tuvo que claudicar. Eso sí, el premio lo recogería mi hermano.

La entrega del premio se haría en el Auditorio de Sevilla el sábado siguiente por la tarde. Yo sabía que, al escenario, tenía que subir mi hermano, ya que la partitura iba a su nombre, pero aún así, yo estaba muy nerviosa.

Recuerdo que me puse mi mejor vestido y esos zapatos de charol que se guardaban para ocasiones especiales. Allí que nos plantamos los cuatro miembros de mi familia más la maestra.

Empezó la gala de entrega de premios. Primero fueron subiendo el tercer y segundo finalista. Ahora era el momento del primer ganador. De pronto sonó el nombre de mi hermano por los altavoces de todo el auditorio.

Verlo levantarse, con su pantalón de pinzas y ese polo blanco, me emocionó. Mis ojos se volvieron cristalinos. Sentía una gran emoción. Por una parte, estaba orgullosa de ver a mi hermano ahí y que mi partitura hubiese sido la ganadora. Alguien estaba valorando mi trabajo. Pero, por otra parte, sentía una gran tristeza al no poder ser yo la que subiera a ese escenario.

El premio era un trofeo con la forma de una clave de sol en color dorado, además de una beca para estudiar Música en el conservatorio de mi ciudad.

Lo más emocionante fue cuando, tras la gala, mi padre se tuvo que acercar al jurado para dar sus datos. En ese momento, cuando le preguntaron por el nombre del niño para recibir la beca él dijo:

- Esta beca va a nombre de Amelia Arenal.